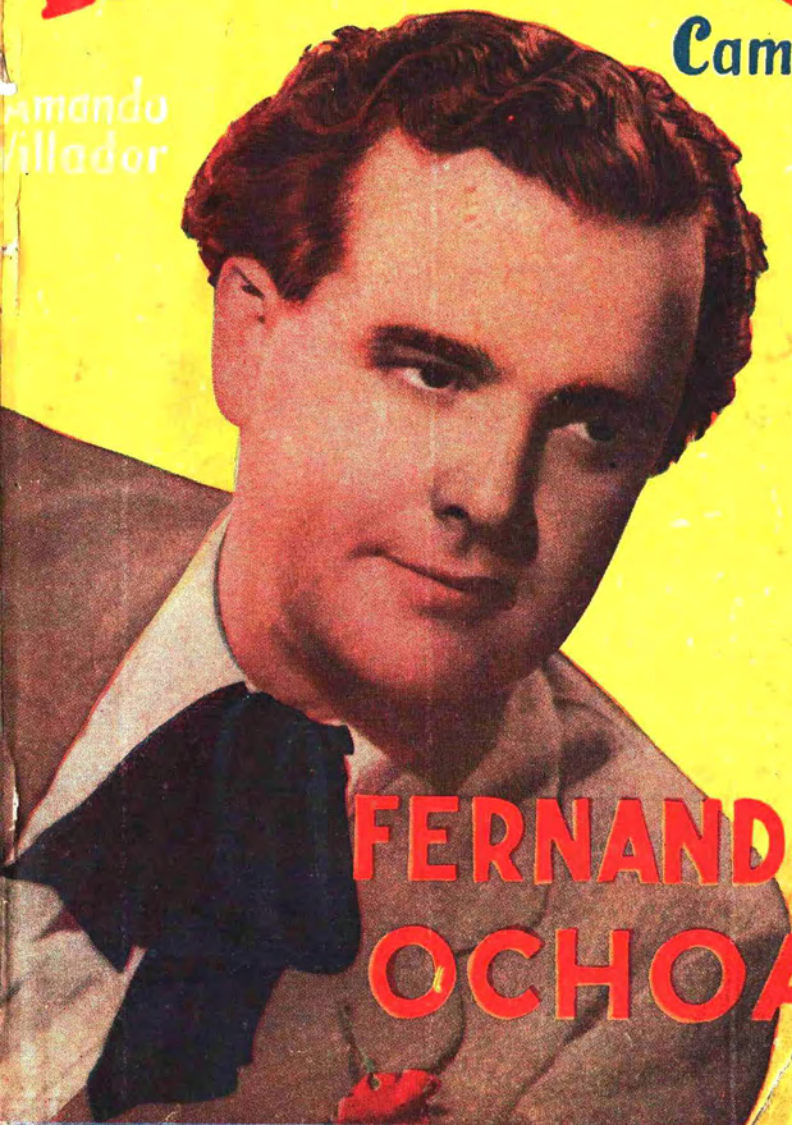


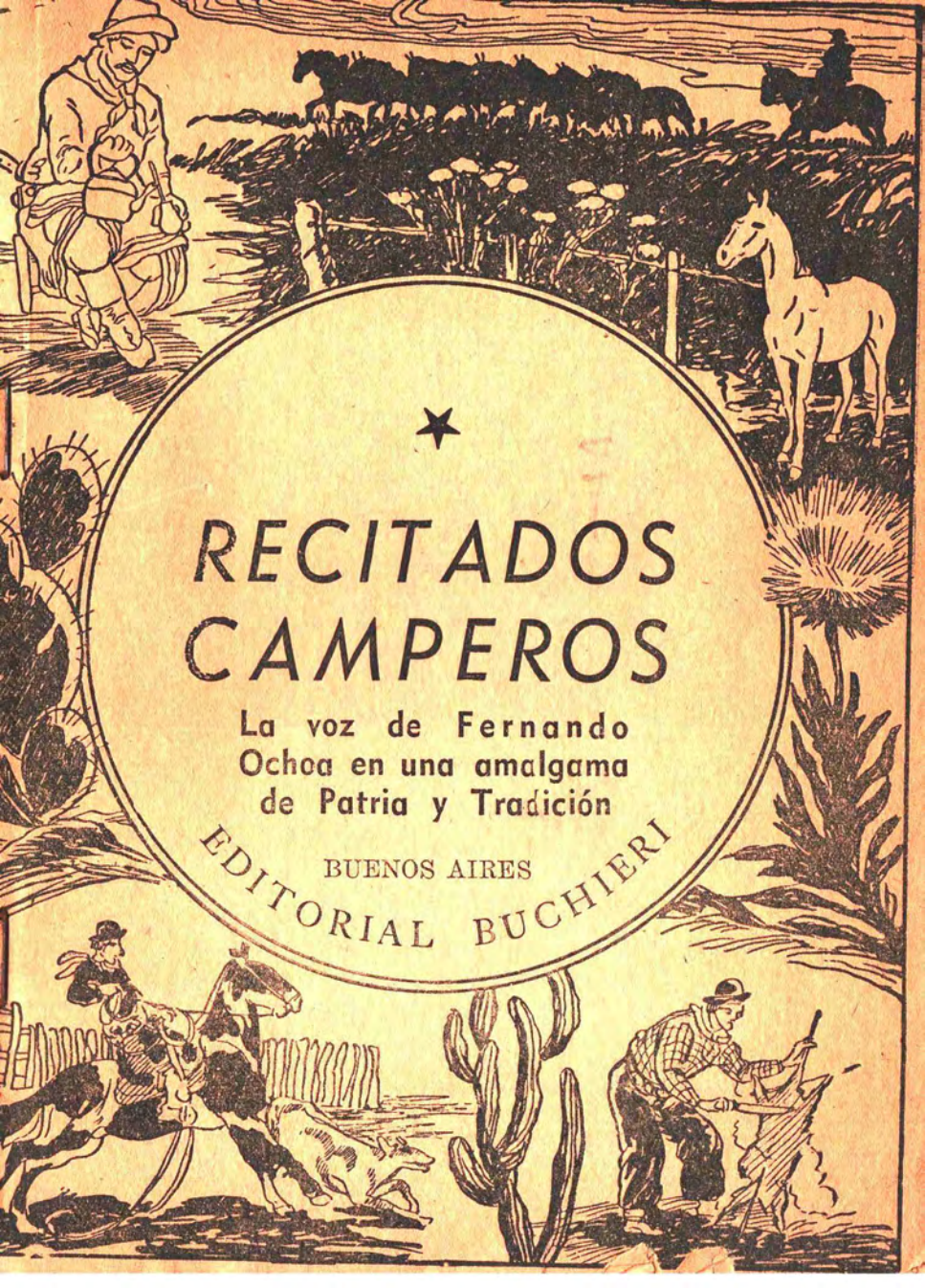
Recitados

Camperos

Amando
Villador



FERNANDO
OCHOA



RECITADOS CAMPEROS

La voz de Fernando
Ochoa en una amalgama
de Patria y Tradición

BUENOS AIRES

EDITORIAL BUCHIERI

Hecho el depósito que marca
la Ley N° 11.723
Derechos reservados.

Impreso en la Rep. Argentina

Printed in Argentine

Terminado de imprimir el 30 de Noviembre de 1945, en los Talleres
Gráficos Anglo-Argentinos, Rivadavia 763, Buenos Aires.

¡PATRIA!

**Revives en las canciones
al compás de las guitarras
y ya demuestran sus garras
los más criollos corazones.**

**En todas las emociones
de la vida nacional
encuentro tu sin igual
escudo de gran nobleza,
pues sos, Patria, la grandeza
del amor espiritual.**

CLAUDIO ATALIVA.

AÑO FERNANDO L'ENTREGO ESTE CAUDAL D'EXPERENCIA

A usté que sabe interpretar las cosas
con esa fuerza 'e la pasión más gaucha
l'entriego ansina este caudal 'e cencia
que le conviersan 'e la mesma Pampa.

Fernando Ochoa qu'en su alma lleva
el calor 'e las mismas tradiciones,
es el grito sublimé 'e nuestra Patria
recitando los versos como bronces.

El, que vivió en los campos argentinos
e hizo surcos en la tierra gaucha,
verá qu'en este libro
hay güenos versos con sabor a Pampa.

Su voz, que tiene di un clarín la fuerza
sabrà disparramar esta semilla,
pa que brote lo mesmo que trigales
y cante su cariño por la vida.

Ochoa sabe que la Pampa mesma
es un grito machazo 'e nuestra Patria,
y en los trigales vibra
pa que sepan quien jué la raza gaucha.

Y por eso l'entriego a fio Fernando
este caudal enorme d'experencia,
pa que lo disparrame
con su talento gaucho por la huella,

Usté que se curtió entre los cardales
y enlaza con cariño en pampa y cielo,

me sabrá comprender estas palabras
enhorquetato al zaino del ricuerdo.

Acá le de'o esta ponchada 'e versos
pa que tengan calor en su voz gaucha;
Fernando Ochoa
qu'es el pájaro criollo 'e nuestra Pampa!

Claudio Ataliva.

EL FACON DE LA ESPERANZA

Aura que ya los años galoparon
por la carretera e' mi vida
alvierto que ha quedao frente a mis ojos
la figura cordial de aquella china.

Y llevando p'atrás el pensamiento
la vide a ella, gurisita guapa,
que llevaba en los ojos ese fuego,
velay, que quema el alma.

Entonces yo era mozo, y no podía
dir echando al olvido su mirada,
y al encajarme un beso
dientró más el facón de la esperanza.

La quise con pasión, ardientemente,
¿pa qué negarlo?
y muchas veces cuando estaba solo
la china se venía pa mi rancho.

Durante un tiempo nos quisimos mucho,
a sol y a sombra me buscaba, y era
p'al juego apasionante

RECITADOS CAMPEROS

siempre la mesma

pa conviarsar de nuestro amor profundo,
Galopábamos juntos varias leguas
y ella me decía:
—¡Mi corazón es tuyo!

Un ridipente ya no jué la moza
como lo hacía siempre, hasta mi rancho,
y pensé con un poco de amargura
en la infame traición de otro paisano.

No era eso; lo que había pasao
era qu'el tata
por un capricho
entre los dos truncó aquella esperanza.

Otra moza me dijo l'ocurrido
y ansi tuvo aliveo el alma mía
porque no era un rival del mesmo pago
el dueño 'e mi china.

Y juro qu'el chirlazo
le dió a mi alma torturante pena,
pues, dend'entonces este humilde gaucho
se quedó sin prienda.

Y áura que ya los años galoparon
por la carretera 'e mi vida,
alvierto que ha quedao frente a mis ojos
la figura cordial de aquella china.

Se apeó la nieve sobre mi cabeza,
mas yo la veo
fresquita y ágil, querendona y linda
a la paisana como en otro tiempo.

RECITADOS CAMPEROS

Y nunca supe la razón que tuvo
aquel infame
pa quebrar mi romance con su hija
del modo más cobarde.

¿Andará entuavía por el mundo ella,
O ya se ha ido al pago 'e tata Dios?
naides v'a risponderme la pregunta
mientras sigue chirliándom'el dolor.

Si es qu'ella vive
tendr también la cabellera blanca
y a lo mejor ricuerda d'ese tiempo
que me dientró el facón de la esperanza.

Si vive y algún día se cruzara
frente a mis ojos que lloraron tanto
a la vejez sería
un hombre muy feliz dentro mi rancho.

Abrazándola juerte
le diría a la china:
—¡Somos, como lo vez, ya dos tizones
y el amor los aviva todavía!

Claudio Ataliva.

EL PERICON NACIONAL

Reminiscencia mora tiene de España,
compás de castañuelas y de jaleo,
lo bailan nuestros criollos con arte y maña
y es hoy del paisanaje como un trofeo.

Se adaptó en un revuelo de chirripases;

RECITADOS CAMPEROS

y mézclanse a sus sones quejas indianas;
tiene pasos de teros y de chajases,
y sus notas se muestran americanas.

En aquel galanteo de sus figuras
había gentilezas de caballeros,
y, siendo tan humildes sus vestiduras,
no parecían gauchos, sino guerreros.

Van cimbrando las mozas como tacuaras,
desbordando sonrisas, luz y colores,
que, en aquel revolido, como de charas,
parecía un deslumbramiento de resplandores.

Cunde el olor a nuevo de la zaraza,
que a las mozas garridas les da donaire,
en tanto, en cada trenza negra, machaza,
blanquea el misterioso clavel del aire.

Era de ver la gracia en los pericones,
volcada en un derroche, como a raudales;
dando vida al conjunto de las reuniones,
los alegres matices de los percales.

Entre el pliegue sencillo de aquellas blusas,
las mozas desbordaban sus corazones,
y, ya ruborizadas, tristes o ilusas,
elegían el pecho de sus varones.

Los Cabral y los Sosa, los Corvalanes,
lucían el empaque de sus bravuras,
demostrando la gracia de sus refranes,
con la faz rebosante de donosura.

Como ritual sagrado va la mudanza,
evitando, en sus cambios, un entrevero,

RECITADOS CAMPEROS

ya cortando un idilio, ya una esperanza,
la voz imperativa del bastonero.

Se acata, reverente, su disciplina,
y ante el ferreo mandato, más de algún taura,
doblados a sus leyes, "el" y su china,
esperaron humildes la voz de: "¡Aura!"

La relación picante, quiere su roncha,
mas el amor rebasa con sus primores,
por eso, algún zarado, su dicho emponcha,
corrido por la gracia de tantas flores.

Poblóse con su ritmo la lejanía,
al bordoneo macua de las bordonas,
llenándose la tierra de poesía
y alegres pizzicatos de las lloronas.

Añoranzas del suelo traes a la cincha,
y entre las armonías de tu alma, acufías
el recuerdo de lazos, potros y vinchas,
mientras tiemblan los flecos de los vicuñas.

Contigo, a los arpegios de dulces sonos,
se formara el enlace de los pañuelos,
surgiendo ante la vida los pabellones
con el color de patria que es de los cielos.

Armando Villador.



LEYENDA

Aventurero, valiente y raro
 fué como un símbolo en la región.
 Y era valiente y enamorado,
 buen guitarrero y feliz cantor.

Usaba vincha bajo el chambergo,
 mucha quincalla en el tirador,
 y de él contaban que fué resero
 con Don Segundo, el gran domador.

Que un "veinticinco"
 ganó a un cuatrero de otro lugar,
 dinero, fama y un pingo overo
 que dió que hablar..

Y que otra noche
 con la guitarra y una canción
 Para su nombre
 Ganó el perfume de un corazón..

Que en las cuadreras
 Con ese overo siempre embarrao

Salió en el pique
 Por varios cuerpos
 Muy bien librao...
 Que en toda riña su gallo tuerto
 De pie quedó...
 Y que en la taba
 Su amigo el diablo
 Lo protegió.

Pero un mal día en una tapera
 Adonde fuera buscando amor
 Cayó en el lazo que le tendiera
 La que era un sueño en su corazón.

Drama de celos... según dijeron
 Fué el que sus pasos epilogó...
 Se fue arrastrando por los cardales
 Y en un bostezo se adormeció...

Virgilio San Clemente

MILONGA DEL PLATO FUERTE

1
 Con vos me caso mi china;
 y tras de ser muy dichoso,
 he de sentirme orgulloso
 al lao de una Mendocina.
 Yo sé que pa tu "cocina"
 nunca has tenido rivales;

y al ver lo mucho que vales
 en el arte culinario,
 te pediré este "rosario"
 de platitos regionales.

2
 HUESITOS BIEN ALIÑADOS
 a lo SERAFIN GODOY;

y como al corriente estoy
 por mis gustos refinados,
 te pediré otros bocados
 pa que alegre te demandes:
PASTEL DE CHOCLO LOS ANDES
 que con buen diente lo agarro;
 y **HUMITA A LA HOLLA E BARRO**
 aunque al infierno me mandes.

3

Un "LOCRO" del sabrosillo
MAIZ CON CHARQUI AL BOR-
 (BOLLON,

así como un buen "COLCHON"
DE HUMITA AL PLUMERILLO.
 Yo pa pedir no me humillo
 porque soy aprovechao,
 y amante del buen bocao
 también gusto mi "fulana"
 de la **CHANFAINA PUNTANA**
 y **LENGUA E VACA AL CHALLAO.**

4

Gusto de los **CANELONES**
DE HUMITA AL NEGRO QUE-
 (MADO,

porque siempre he admirado
 los platos de esas regiones.
 Yo no ando con dilaciones,
 adoro tus **EMPANADAS**

EN HORNO E BARRO HORNEA-
 (DAS,
 y pa honrar a tu Mendoza,
 con **CHOCLOS A LA SABROSA**
ME GUSTAN TUS CARBONADAS.

5

Pa mí es comida muy buena
 la **CAZUELA DE GALLINA;**
 la acepto a la **MENDOCINA,**
 algo más que a la **CHILENA.**
 ¿creo qu vale la pena
 hincarle a éso el olmillo,
 lo mismo que al **REVOLTILLO**
DE CHOCLOS AL ACONCAGUA;
 se me hace la boca agua
 porque no es plato sencillo.

6

"EN UN RINCON DE MENDOZA
 verás china esas comidas,
 gustosas y bien servidas
 con una higiene asombrosa.
 Y como es Casa famosa
 le haremos un visitón:
 hay **CHURRASCOS AL FOGON**
 y **CHIVITOS A LA ESTACA;**
 y a vos, que sos algo flaca,
 te engordará ese "RINCON".

Francisco Brancatti.



LA DOMA

CANCION

I

Junto al corral espera sentado un mozo
que al rato se despega de la maroma;
y observa el paisanaje con alborozo
al ver que éste se alista para la Doma.
En tanto que el bellaco ya está en el suelo,
dos indios se han prendido de las orejas;
y un mundo de mirones por ver el suelo
guardan apiñados igual que ovejas.

II

En cuanto el reservao boleó las patas
el gaucho grita: ¡"Larguen"! y ardió la chispa;
sus piernas se prendieron cual garrapatas
y una mano en las crines sus nervios crispa.
Dispara corcoveando con furia ciega;
pero él, sin estribarlo, le mete lonja...
¡Un criollo de su estirpe, no se sosiega
hasta no verlo blando como un esponja!

III

Aquel bravo centauro que es un maestro,
le hunde las lloronas por las paletas;
y al cimarrón lo acosa porque es muy diestro
para seguir las vueltas de sus gambetas.
Resopla, y echa humo de las narices
buscando dar por tierra con su jinete...
¡Ahí la fiesta toma bellos matices,
pues gustan del paisano cuando arremete!

IV

Al domador, no puede darle un mordisco,
y mientras se sacude, pantalla el aire;
pero él, bien "horquetao" sobre el arisco

le sigue el balanceo con su donaire.
Bucándole una treta, se hace un ovillo,
y al tiempo, la cabeza levanta el bruto;
pero el rebenque amaga, y el gaucho pillo,
no cae a dos tirones porque es astuto.

V

Al fin, venció la fuerza de su espuelco,
el chúcaro ya sangra de los ijares;
y repercute el eco del clamoreo
de la gente de aquellos santos lugares...
Luego se inicia el baile, y una acordeona
gimiendo va una polca, pero movida;
y una criolla de arrastre... muy querendona,
bailando con el "diestro", quedó prendida.

Letra y música de: **Francisco Brancatti.**

HORAS NEGRAS

¿Ve aquellas paredes
de adobe, sin techo,
que al lao del ombú,
lucen allá lejos?
¿Las vido? Pues sepa
que aquello fué un tiempo,
nidito de amores
de este gaucho viejo.
Pasaron los años
surcándome el cuero
como a tierra e chacras
el aráo de acero.
Sobre mi cabeza
más de tráinta inviernos
dejaron en hebras
la escarcha e sus hielos.

Y aqueyas paredes
cuasi sin cimientos,
ni horcón, ni cumbreira,
ni marcos, ni techo,
entuvía empacadas
se ráin del pampero...
Ansinita e firmes.
Y como eyas negros,
tamién del olvido
se ráian mis recuerdos!
Prendida en la nuca
la mata e su pelo
con un manojito
de flores de celbo.

Cáidos hasta las corvas

y encrespao el resto
 como crin de potro
 que alborota el viento,
 redamando gracia
 por todito el cuerpo,
 que tenía la blanda
 suavidad del tiento,
 cuando me miraron
 sus ojazos negros
 —por los que aún del luto
 se visten mis sueños—
 creí que por mi espalda
 subía un hormiguero,
 y que tuito el aire
 se me iba del pecho...
 Por qué jué conmigo
 tan ingrato el cielo
 cuando con un rayo
 podía haberme muerto!...

Horas que volaron,
 dichas que murieron,
 amor del que a gatas
 quedó otro recuerdo
 que el galope loco
 del cabayo overo
 y el grito e venganza
 que ayudaban mis celos
 aqueyas paredes.

Tuito eso sintieron
 al caer de una tarde
 que olvidar no puedo,
 Eyas y la virgen
 que está arriba el cerro,
 vieron a mi china
 cuando iba juyendo

enancada a un indio
 de vincha y culere
 que de su carifio
 dejuro era dueño...
 Tamién yo la vide
 y, de rabia, ciego,
 tantí la cintura
 me ajusté el sombrero...

Corrí ande pastaba
 mi cabayo overo,
 lo enfrené volando,
 salté en él en pelos,
 le apreté los lomos
 con muslos de acero,
 y salió aquel pingo
 bebiendo los vientos,
 como si en sus carnes
 se hincasen mis celos.

Sintiéndome cerca,
 largó el indio al suelo
 la prienda robada,
 dejuro, creyendo
 que pa mi venganza
 me bastaba aqueyo,
 y que más liviano
 su flete azulejo
 sacaría ventajas
 a mi pobre overo,

que corriendo siempre,
 corriendo, corriendo,
 como en sus carnes
 mordiesen mis celos,
 diba ya tan cerca
 del indio matrero,
 que viendo era al fuido

regatlar el cuero,
 pronto pa peliarme
 se dió contra el suelo.

Y ahí nomás se toparon
 mi fierro y su fierro,
 y ahí nomás el taita,
 más zonzo o más lerdo
 se ligó un "barbijo"
 que andaba sin dueño,
 y aflojó los brazos
 y se vino al suelo.
 Yo, al mirarlo cáido
 y viéndolo muerto
 pa que no se juease
 manié su azulejo,
 y po el alma el indio
 recé un padre-nuestro
 a esa en que el mundo
 se queda en silencio.

... ..
 ¿Y eya? —de rodiyas,
 pálida de miedo
 juntas las manitos
 como en gesto e ruego

cuando cerca suyo
 sofrené mi overo
 y echando pie a tierra
 la cace del pelo,
 dió un grito tan hondo
 —que aún lo estoy oyendo—
 sin decir palabra
 suspendí su cuerpo
 le escupí la boca
 —nido en que sus besos
 habían puesto un "toldo"
 del amor matrero—
 Y fijos mis ojos
 en sus ojos negros
 que nunca en la vida
 golvería ya a verlos
 ahugáu con la baba,
 dije: te los dejo,
 te los dejo, china,
 te los dejo abiertos,
 aunque más no sea
 pa que 'in poc e tiempo
 si no sos muy yegua,
 lo yorés al muerto'.

El viejo Pancho.



CANCION DE INVIERNO

A paso felino se viene el invierno...

¡Da miedo nombrarlo!

La eterna crudeza de su manto triste

Será nuestro amparo.

Los vientos helados que dejan el cuero

De un tinte violáceo,

En su peregrino rodar por el mundo

De nuevo en nosotros se habrán refugiado...

¡Mamita!... ¡Mamita!

¿Por qué es que el invierno ha de ser tan malo?

¿Por qué nos castiga?

Mamita querida... calentá mis manos!

¡Estoy aterido!

¡Dame tu regazo!

Que el invierno impío, al golpear las puertas,

Me encuentre a tu lado,

Dándome el refugio de tu seno 'e madre,

¡De tu seno santo!

A paso 'e felino se acerca el maldito,

Castigo 'e los pobres de todos los años...

El sol que derrocha

Montones de vida en pleno verano,

Se muestra egoísta... se vuelve usurero

Y con gesto huraño

Nos da una limosna... después en las nubes

Oculto su oro con saña de avaro...

¡Y el frío flagela

Las carnes sufrientes de los desgraciados!

¡Mamita!... ¡Mamita!

¡Abri esa ventana!... ¡Que el sol se ha asomado!

Y yo no deseo

Que pase de largo...

¡El poncho 'e los pobres nos da su limosna!

¡No hay que despreciarlo!

¡Quién sabe, mamita, cuando volveremos

A sentir la gloria de su aliento cálido!

Cuando los burgueses

Tienen un instante de sentido humano,

Y ablandan la roca que a un costao del pecho

'Corazón' llamamos...

Cuando los burgueses se muestran sensibles

O tienden su mano.

¡Hay que ser humilde y agarrar lo poco

De que se desprende su egoísmo craso!

¡Y el sol en invierno es burgués infame!

¡Cuando es generoso no hay que despreciarlo!

¡Abri la ventana, mamita querida!

El burgués impio nos tiende su mano...

Ya viene el invierno...

Con él, el espanto,

De aquellos que tienen sobre las espaldas

El trágico fardo

De un destino pleno de vicisitudes...

¡De mesas vacías de tazas de caldo!

Ya viene el invierno...

¡Y trae la Miseria prendida del brazo!

Y los dos riendo...

Y los dos cantando...

Canciones de escarcha, de lluvia, de frío...

Cantares macabros,

De pulmones secos...

De abiertos sepulcros que están esperando.

¡Mamita!... ¡Mamita!

Cierra esa ventana que el sol se ha marchado

Y el viento que pasa
 Me hiela las manos...
 ¡Tengo mucho frío!
 Abrazame fuerte contra tu regazo.
 ¡Sólo las tibiezas de tu pecho 'e madre
 Me pondrán a salvo
 De este invierno infame que quiere llevarme
 Hacia el frío eterno que acecha mi paso!
 ¡Madre de mi alma!
 ¿Por qué es que el invierno ha de ser tan malo?

La muerte es invierno...
 Y yo siento, madre, que Invierno ha llegado...
 Ya siento su aliento
 Rozando mi frente... besando mis labios...
 Y el sol de tus ojos también se ha escondido...
 Invierno me aleja, mamá, de tu lado...

Ernesto Cardenal.

TEMPESTAD

Rasgó la noche el rayo tremebundo,
 en su morada despert. se el viento
 y con fuerza brutal los elementos
 desataron su furia sobre el mundo.
 Fantástico tropel en un segundo
 pobló el planeta con terrible acento,
 eco espantoso de infernal concerto
 dando el alerta de un poder profundo.
 Desbordaron los mares. Sus entrañas
 revolviéron airadas las montañas
 sacudidas por vómitos de fuego.
 La tierra toda sin cesar gemía
 y el orgullo del hombre se abatía
 en la impotente postración de un ruego.

Juan José Manco.

DUELO GAUCHO

Era una noche preciosa
 y serena de Febrero:
 Apenas débil pampero
 soplab a la falda hermosa.
 Apacible y majestuosa,
 la luna su luz tendía
 sobre un rancho que existía
 bajo el cerro del amor;
 alumbrando el interior
 de una pobre pulpería.

Poco a poco iban llegando
 paisanos a la tranquera,
 y los fletes en la hilera
 quedaban solos rumiando.
 Todos fueron acercando
 su asiento hasta el mostrador,
 donde estaba un payador
 muy quejumbroso entonando,
 al son de un estilo blanco
 sus endechas de amor.

Después de cantar ardiente
 sus desengaños pasados,
 sus amores contrariados
 y su situación presente,
 dijo en tono muy valiente
 en una improvisación:
 —“Que igualando condición
 y sin proponer asunto;
 cantaba de contrapunto
 con cualquiera, en la ocasión”.

Un simpático murmullo

precedió al severo reto,
 cuando apareció un sujeto
 con cierto tinte de orgullo.
 Templó el instrumento suyo
 y arrancando un dulce son,
 aceptó la invitación
 que el otro cantor le hacía,
 diciéndole: —“que él venía
 a medir su inspiración”.

Se notó un gran movimiento
 por la lucha que empezaba,
 y en silencio platicaba
 el paisanaje contento,
 de la cifra, el dulce acento
 la vihuela hizo brotar,
 y después de saludar
 a la reunión con primores,
 entraron los payadores
 al arte de improvisar.

Una atmósfera candente
 de humo y alcohol confundido,
 envolvieron al quejido
 del trovador incipiente,
 combatiendo frente a frente
 un tema filosofal,
 sobre el hecho material
 de la vida transitoria,
 empezaron por la historia
 del derecho natural.

Dijo el primero: —“La vida
 es como un juego de taba;

si cae de suerte ganaba,
si al revés, era perdida...
Que estaba tan confundida
con el bien y con el mal,
que aunque era tan colosal,
según la ciencia decía;
él, la miraba y tenía
como cosa muy trivial".

—"Está errao, dijo el contrario
con eco provocativo,
no es razonable el motivo,
ni seré su partidario,
en el canto soy corsario,
porque creo con rigor
que la vida es un primor
cuando hay placer y ventura,
y no viene la amargura
a retoñar un dolor".

Empezó la lucha hiriente
entre ambos competidores,
y subiendo los ardores
del auditorio impaciente,
uno y otro diligente
su "sensia" hacen relucir,
ninguno quiere rehuir
el encuentro comenzado
y un bando de cada lado
sa aprestaba a combatir.

Fué poco a poco aumentando
la tremenda algarabía,
y una daga relucía
e iban los vasos volando.
Los dos que estaban cantando
salieron en confusión.

con sus armas en acción
a ventilar la querella;
siguiendo la triste huella
de histórica tradición.

Y en una franca contienda
luchando a brazo partido
cae uno a tierra herido
llorando su dulce prenda.
El pulpero en la trastienda
presenciando con terror,
el cuerpo del payador
en su fúnebre agonía,
miraba la pulpería
causante de su dolor.

Quedó el vencido en el suelo,
montó su pingo anhelante
y tendió rápido vuelo
el vencedor arrogante.

El tiempo corrió su velo
sobre este cuadro de horror,
y en el cerro del amor
entre varias margaritas,
hay muchas trovas escritas
de aquel gaucho payador.

Nemesio Trejo.



LA PRENDA DEL PAYADOR

El sol se oculta: inflamado
El horizonte fulgura,
Y se extiende en la llanura
Ligero estambre dorado.
Sopla el viento sosegado,
Y del inmenso circuito
No llega al alma otro grito,
Ni al corazón otro arrullo,
Que un monótono murmullo
Que es la voz de lo infinito.

Santos Vega cruza el llano,
Alta el ala del sombrero,
Levantada del pampero
Al impulso soberano,
Viste poncho americano
Suelto en ondas de su cuello,
Y chispeando en su cabello
Y en el bronce de su frente,
Lo cincela el sol poniente
con el último destello.

¿D'nde va? Vese distante
De un ombú la copa erguida
Como espialdo la partida
De la luz agonizante.
Bajo la sombra gigante
De aquel árbol bienhechor.
Su techo que es un primor
De reluciente totora,
Alza el rancho donde mora
La prenda del payador.

Ella en el tronco sentada,
Meditabunda le espera,
Y en su negra cabellera
Hunde la mano rosada.
Le ve venir: su mirada,
Más que la tarde, serena,
Se cierra entonces sin pena,
Porque es todo su embeleso
Que él la despierte de un beso
dado en su frente morena.

No bien llega, el labio amado
Toca la frente querida,
Y vuela un soplo de vida
Por el ramaje calado...
Un ¡ay! apenas lanzado,
Como susurro de palma
Gira en la atmósfera en calma;
Y élla, fingiéndole enojos,
Alza a su dueño unos ojos
Que son dos besos del alma.

Cerró la noche. Un momento.
Quedó la Pampa en reposo,
Cuando un rasgueo armonioso
Pobló de notas el viento.
Luego, en el dulce instrumento
Vibró una endecha de amor,
Y, en el hombro del cantor,
Llena de amante tristeza,
Ella dobló la cabeza
Para escucharlo mejor.

“Yo soy la nube lejana
 (Vega en su canto decía)
 Que con la noche sombría
 Huve al venir la mañana.
 Soy la luz que en tu ventana
 Filtra en manojos la luna;
 La que de niña, en la cuna,
 Abrió tus ojos risueños;
 La que dibuja tus sueños
 En la desierta laguna.

“Yo soy la música vaga
 Que en los confines se escucha,
 Esa armonía que lucha
 Con el silencio, y se apaga,
 El aire tibio que halaga
 Con su incesante volar,
 Que del ombú, vacilar
 Hace la copa bizarra;
 ¡Y la doliente guitarra
 Que suele hacerte llorar!...”

Leve rumor de un gemido,
 De una caricia llorosa,
 Hendió la sombra medrosa,
 Crujió en el árbol dormido.
 Después, el ronco estallido
 De rotas cuerdas se oyó;
 un remolino pasó
 Batiendo el rancho cercano;
 Y en el circuito del llano
 Todo en silencio quedó.

Luego, inflamando el vacío,
 Se levanta la alborada,
 Con esa blanca mirada
 Que hace chispear el rocío.
 Y cuando el sol en el río
 Vertió su lumbre primera,
 Se vió una sombra ligera
 En occidente ocultarse,
 Y el alto ombú balancearse
 Sobre una antigua tapera.

Rafael Obligado.



VERSOS CRIOLLOS

..... ..

 soy la savia que florece
 dentro de un manto amarillo,
 soy la flor del espinillo
 que prodiga su agasajo,
 soy la que tiembla en el gajo
 para exhalar un tesoro,
 yo soy la cachimba de oro
 que brota con el trabajo.

Yo soy la tela de grana
 que teje el agua a su lado,
 yo soy el raso encarnado
 con que el ceibo se engalana,
 soy la corona sulana
 que sus dominios explaya,
 yo soy la vida que ensaya
 su vigor contra reveses,
 soy la lluvia de altiveces
 que mojó el alma uruguaya.

Yo soy la flor que desea
 viento movido y galano,
 yo soy el clavel serrano
 que en la cumbre balancea
 soy el sol que pestañea
 sobre la entibiada loma,
 soy alambique que toma
 fragancias para lucirse,
 yo soy la flor que al abrirse
 llena los valles de aroma.

Yo soy la flor sin esencia
 que saca su azul a flote,
 soy la flor del camalote
 que vive con indolencia,
 soy la de pobre apariencia
 que se hamaca en el abismo,
 soy el celeste aforismo
 que el ansia libre prefiere,
 yo soy la carne que muere
 cuando corre el patriotismo.

Yo soy el aire que encierra
 todo el vapor desprendido,
 yo soy el pasto crecido
 con el sudor de la tierra,
 yo soy la espina de sierra
 que su rastro colorea,
 yo soy la inflamada tea
 que sobre el campo palpita,
 yo soy el pueblo que grita
 cuando su bandera ondea.

ELIAS REGULES.



LAS MUJERES DE ÑO LIBERATO

(Monólogo curdela)

P'al amigo Pepe Arias, dedico esta catástrofe, de todo corazón

(Telón corto, campo, alambrado, etc., etc.)

LIBORIO (aparece ño Liberato, viejo criollo, bastante "puntiao". — Cha digo con la mosada que le deja a uno la boca reseca... ¡Ah, mis tiempos!...

Entonces corría el porrón y la madamajuana que daba gusto. (Gesto. Saborea como si acabara de beber. Se seca la boca con la manga).

—Lo que es el ricuerdo!... He sentido en la boca el sabor de la ginebra... Bueno, en hablando de ricuerdos soy hombre al agua, como dicen los ingleses. (A uno del público) ¿Eh?... Bah, es lo mesmo pato que ganso... Ya, ¿mesmo no ve?... (Empieza a gimotear y llora). Es al ñudo, cuando empiezo a ricordar se me caen las planchetas porque me acuerco de Sebastiana, mi pobrecita mujer. (Llora). Era grandota, ansina de ancha como el tronco de un ombú. Y era buenaza... Eso sí, a veces montaba el picaso 'e la rabia y me corría con su arreador campo ajuera.

Esa noche yo dormía al sereno no por miedo, no vayan a creer eso, sino pa que se le pasara el estrilo. Pobre Sebastiana. (Llora, pausa).

¿Y mi segunda mujer, doña Agapita?... Esa sí que era de ley... No tan grandota como Sebastiana, pero de cariñosa como grande era... A veces empinaba un poco el codo (gesto), pero qué le íbamos a hacer. Le venía de herencia.

Entonces sí, perdía los estribos y tuitas mis pilchas iban pa juera... y yo también, qué diablo, pero ella no tenía la culpa, sino la herencia. ¡Pobrecita, era tan buena! (Llora, pausa). ¿Y mi tercera mujer, ña Celedonia? Había que verla... Chiquita así (acciona), pero trabajadora y querendona como ninguna. Es a la que más ricuerdo. ¡Pobrecita! (Se seca una lágrima). Ya no volveré a tener otra mujer igual, no, no... (Gimotea). Y era buena, ¿eh?

—¿No te parece, Liborio, que estás hecho un haragán?

—Así ha 'e ser, Celedonia.

¿Y que sos también un borracho?

—Así ha 'e ser, Celedonia.

Y nunca otra cosa, pobrecita. ¿No te parece, Liborio?... Hasta que un día la pobre... (Gimotea. Llora. Pausa).

¿Y mi cuarta mujer, Nepomusena?... Esa sí que valía. Veinte y dos años, un poco morenita, más tirando a negro que a blanco... Cha digo del ricuerdo me lambeteo de gusto. Eso sí, con ella me trajo tres cachorros, chiquititos ansina... y cuando ya me había encariñao con ellos... (Gimotea). ¡Pobrecita! (Llora). Era buena, trabajadora... Es al cuete, el que nace pa la mala, al... ñudo son los candiales y los caldos de gallina... (Llora, pausa). Y mi quinta mujer, Agamenona, eso es cierto, pero lista pal amor como avestruz disparando... Pal amor y pal trabajo... Cada mes yo tenía mis pilchas limpias y planchaditas pa cambiarme... El amargo a la mañana, el amargo a la tarde, una achura pronta en el asador, hasta que un día... ¡Pobre Agamenona! Igualito que las otras... (Gimotea). Igualito... (Llora). Y áhura que ya me voy poniendo vichoco naide se acuerda de mí qu'es cuando más necesito el calor de una compañera... Yo quisiera una como mi sexta mujer, la última. Esa era gaucha... Querendona y valiente... Así como yo... Pero ta visto que la alegría es pasajera... Un día. (Gimotea). ¡Pobrecita!... (Llora). Ya no hay rimedio. Pacencia. ¿Cómo? (A uno del público). ¿Qué soy un enterrador? ¿Eh?... No, amigo, no sea bárbaro... No se ha muerto ninguna mujer... Tuitas me abandonaron... Y vea que injusticia, amigo; decían que no me gustaba el trabajo... A mí, a mí, que lo que más me ha gustado ha sido el trabajo... (Inicia el mutis llorando). ¡Desgraciadas!

Francisco Hostench.



EL VIEJO VIZCACHA . . .

(Monólogo)

(Telón corto de campo, aparece el Viejo Vizcacha, haragán, ratero y borracho, mismito como dijo el hijo de Martín Fierro).

VIZCACHA

(Como escondiéndose de alguien que lo persigue. Cuando se asegura que le han perdido de vista).

Ya me perdió la rumbeada... Vichoco ansina e dar entuavía... Pero es al fiudo cuando uno anda en la mala hasta los perros lo... chucean... ¿Total? ¿Pa qué me han corrido? ¿Por qu hallé una punta de yeguas medio vichocas y las cerdiaba a mí antojo?... Y pa qué las dejan sueltas?... Dicen que soy haragán, ratero y no se qué cosas... que vivo rodeado de perros, que mato "vacas ajenas para darles de comer" y que no para más bienes, ni propiedad conocidas que una carreta podrida, y las paredes sin techo de un rancho medio derecho" que me sirve de guarida... ¡Bah!... no sé pa qué se deslumbran.

"Dejá que caliente el horno el

horno del amasijo —lo que es yo, nunca me aflijo y a todito me hago el sordo— el cerdo vive tan gordo y se come hasta los hijos".

Y además la culpa es de ellos ¿Pa qué tienen tanta hacienda buena y gorda?... De seguro de que de no haberla, no hubiera retobao... Ya me lo sé de memoria "Jamás llegué a parar donde veas perros flacos".

Me culpan que carneo de noche y vendo el cuero a un pulpero por yerba, tabaco y trago..." Y que allí mismo le estiendo un certificado... que en cuando se distraen al esquilár una oveja me alzo con un vellón o unas tijeras o que de visita en un rancho amigo si puedo me alzo unas guascas... ¡bah! esas son todas pamplinas en comparando a lo que el juez dió al hijo de Fierro al nombrarme su tutor:

"Me dijo que era un señor el que me debía cuidar enseñarme a trabajar y darme educación".

(Riéndose). Yo un señor, y en-

señar a trabajar y dar educación Ya ve compadre...

"Hacete amigo del juez no des de que quejarse; y cuando quiera enoarse vos te debés enojar pues siempre es bueno tener palenque donde rascarse".

Todo ese men unje me lo ha enseñao la experiencia. No en balde el tiempo se pasa sin perderse.

"El diablo sabe por diablo pero más sabe por viejo".

Es claro que alguna vez la vaca me salió toro... y recibí más de un lazazo por cerdiar animal ajeno. Pero no de é por eso proceder "con más cuidado dende entonces en maniarlas de día para cerdiar a la noche..." Yo sé defenderme ansina...

"El hombre hasta el más soberbio con más espinas que un tala año a andando en la mala y es blando como manteca hasta la hacienda baguala caí al jagüel con la seca".

Yo he de morir en mi ley... ¿Pa que rumbiar pa otro pago?... Ande vas a estar mejor viejo Vizcacha? ¿Ande?...

"No andes cambiando 'e cueva hace las que hace el ratón conservate en el rincón en que empezó tu asistencia

vaca que cambia querencia se atrasa en la parición".

Y así vichoco, viejo Vizcacha te acomodará a tu manera con tu rancho y con tus perros, y así vichoco y solo vas a morir.

Ya lo dijo Fierro:

"Que el hombre no debe creer en lágrimas de mujer ni en la renguera del perro".

Es ansina la ocasi.n... yo disparé a la mujer pa no apiarle palenque.

Porque tiene el corazón como barriga de sapo".

Y es al fiudo e de morir en mi ley... Matrerlando ansina como hoy... como mañana, en fin como haría el mañana...

"Los que no saben guardar son pobres aunque trabajen nunca por más que lo atajen al que nace barrigón es al fiudo que lo fajen".

Montevideo, Julio de 1925.

Francisco Hostench.



MI FLETE JAPONES

Yo tengo un flete machazo
que no hay otro que lo iguale
pero hay que ver lo que vale
ese animal, mi amigazo;
no hay quien le iguale su paso
lo digo con altivez
y lo repito otra vez
que este flete es un tesoro
vale mucho más que el oro
y es un flete japonés.

No hay otro flete en el mundo
que pueda igualarlo al mio
porque es un pingo travío
y es un flete muy fecundo
él tiene un saber profundo
y no es digno de un agravio
yo no cometo un resabio
porque digo lo que es cierto
por Dios, que me caiga muerto
si mi flete no es un sabio.

Predica filosofía
usa corbata de bohemio
y logró sacar un premio
por linda caligrafía.
Tiene una extensa vaquía
en la cuestión del nadar
hay que verlo en alta mar
esto sí que es estupendo
cabeza abajo durmiendo
fumando y hasta cantar.

Sabe ir en aeroplano
sabe antar en bicicleta
toca bien la pandereta,
y es un maestro de piano
es muy listo y muy baquiano
para cantar como el gallo
es más ligero que un rayo
sí le piden un favor
de noche toca el tambor
por la Avenida de Mayo.

Tiene un plumaje precioso
de ciento cuatro colores
créame que cien mil flores
le adornan en su reposo
ese flete primoroso,
me da placer y consuelo
ciertas veces mira el ciclo
y en cuanto lo ve de gala
extiende sus anchas alas,
y veloz levanta el vuelo.

También es un buen doctor
cura toda enfermedad
ni por gran casualidad
existe un competidor
la enfermedad del amor
la cura en forma muy grata
por curar no cobra plata
y usa mucha gentileza
aplicando en su cabeza
un gran golpe de su pata.

José Cucagna.

BORDONEO

Soná, dulce compañera,
de mis tristes desventuras
que consuelas con ternura
mi suerte maldita y fiera.
Soná, guitarra campera,
como en mis años mejores,
aquellos tiempos cantores
en que todo era alegría
cuando lindo florecía
el árbol de mis amores.

¿Dónde están esos fogones
llenos de luz y alegría,
donde el gaucho se lucía
con machazas relaciones?
Y esos ricos cimarrones
con hojitas de arazá
esos criollos de verdá
de renegrída melena,
bota de potro nazarena,
¡y esa criolla oriental!

Y bordado el chiripá!

de carita frescamona,
esa china coquetona,
de belleza natural,
que entonando un Nacional
en su guitarra bendita,
o una tierna vidalita
llena de amor y saber
era, a mi modo de ver
la fiesta más camperita!

Ya no queda de mis pagos
ni la sombra de lo que era;
hoy se ha güelto vizcachera
mi rancho por los estragos;
ni siquiera los rczagos
quedan del tiempo pasao
no hay nada, todo ha cambiado,
desde mi ausencia maldita,
que por disgracia que quita,
verlos como los ha dejao.

Alberto Novión.

TIENTO SOBAO

¿Que quién jué el curioso
Que me dió este perro?
Náides; estos bichos, como el hombre zonzo,
Cuando los halagan se dan ojos mismos.

Jué en un mes de Agosto
De no sé que invierno.

RECITADOS CAMPEROS

Muy pocos días antes de morir de flaco
Mi cabayo overo.

Que cayó a mi rancho,
Maltratáo y rengo,
Y clavó en las mías sus pupilas tristes.
Sus pupilas yenas de sombra y misterio.

¿Qué de ande vendría?
¡Vaya uno a saberlo!...
Puede que viniese, como yo, del pago
De los desengaños y de los recuerdos!

Le tiré una achura,
Y, aunque estaba hambriento
Sin hacerle caso, me miró de un modo
Como si dijera: "no vengo por eso".

Aunque sea zonzero,
Pensé yo por dentro:
¡Quién sabe si estos bichos no sufren de amores
Y, como al cristiano, los matan los celos!...

Y viendo en tropiya,
Venir mis recuerdos,
Le hice unas caricias y, dende esa tarde,
Pa' los dos alcanza mi pan y mi techo.

Mientras tomo mate
S'echa cerca el juego,
Y cuando al dormirse siento que soyoza
Como si al pasado lo golviese el sueño.

Se enrieda en la trenza
De mis pensamientos
Este tiento suave de tanto sobarlo:
Mujeres y perras... tuitas son lo mesmo".

El viejo Pancho.

RECITADOS CAMPEROS

LA LECHUZA

¡Chitt!...
¡Cruz diablo! ¡Mandinga! ¡Cruz diablo!...
¿Qué querrá este bicho?
¿Qué andará rastrando
que tuitas las noches, de un tiempo a esta parte,
a cada ratito pasa po este rancho?
Alguien, de seguro, jediendo está a muerto...

¡Chitt!...
¡Cruz diablo! ¡Mandinga! ¡Cruz diablo!...

Así renegaba Bernardo el boyero
oyendo el chistido, insistente y largo
del ave agorera, mientras ño Cirilo,
el viejo puestero
después de un amargo,
trenzaba en silencio la sogá de un lazo.
—¿No es verdá, Cirilo, que sí la lechuza
al pasar po encima una casa,
larga tres chistidos y aullan los perros...
—¡Callate, muchacho, no digás pavadas!
Ese animalito no hace mal a naide;
a la pobre lechuza le pasa
lo que a ciertas hembras,
que toda la vida se quedan en casa
cuidando al marido y a sus pobres "güefís",
y viven muriendo de cansás y flacas.
Sos las aparencias, las que condenan
y así las maltratan.
Mirá la paloma... Toó el mundo dice
que ese pajarraco es una monada,
y pa mí que no hay bicho en la tierra
que más se parezca a una-mujer mala,

RECITADOS CAMPEROS

se la pasa tó'el día compuesta
juntito a su macho,
aventando sus odios y amores
en la puerta 'e casa;
cuando no, con las otras palomas,
a destruir los sembrados se larga,
mientras tanto, allí queda su nido
solito, sin guarda,
teniendo por plumas
un montón de estiércol
y dos o tres ramas.

Pero en cambio, la pobre lechuza
hace el suyo en un hoyo 'e la tierra,
al pie de una mata,
y lo empluma y lo pone a cubierto
del viento y del agua.

Cuando es día, si sale es pa dirse
a la punta de un poste a pararse,
y allí pasarse las horas
quietita, en silencio, sin chillar con naide.
Si mal quiere, no hay quien lo conozca;
cuando quiere, tampoco se sabe.
Anda sola y ni aun no hay quien colija
ni cuál es la hembra, ni cuál es el macho.
¡Y es muy corajuda!
si le largan un tiro 'e scopeta,
la cabeza agacha,
y pegando un chillido 'e protesta
va suave a posarse
a dos o tres postes más lejo 'e distancia.

Lo qu'es por la noche cuando todos duermen
ella ronda como un vigilante,

RECITADOS CAMPEROS

pa matar las cuncunas y ratas
que caban las siembras,
y en el hondo silencio 'e la noche
pega esos alertas
que a la gente espanta.

Además... ricuerdo,
que una vez me encontré como un paria
muy triste en mi desgracia,
mi mujer se me diba muriendo...
solito yo estaba,
y una pobre lechuza se anduvo
toita la noche volando por casa.
Al principio me di' una impaciencia,
una gana feroz de matarla,
y después... mucho miedo, y me puse
a hablar contra el cielo,
y ella me chistaba...
como si pretendiera prohibirme
de que blasfemara...

Se murió mi mujer; de pena,
quise dir con ella,
y cuando en mi cuerpo
ya iba a hendir la daga,
un hondo chistido
se prendió e' mi brazo,
y sentí que mi sangre se helaba.
Parecía que Dios me di'era:
"condenao te has de vir si te matas".

Después de esa noche, son muchos los años
que llevo pasados en medio esta pampa,
y ella ha sido siempre la fiel compañera,
que al tiro me chista
cada vez que trenzo

RECITADOS CAMPEROS

ideas bagualas,
es como si juera... mi propia concencia
y hay que rispetarla.

La lechuza, créeme, muchacho,
es como esas pobres mujercitas buenas
que pasan la vida llenándose d'hijos;
sin gozar de nada,
y se van muriendo, llenas de tristezas,
solitas y flacas.

Miguel A. Camino.

POR LA CRIA

L'oiga lo he yamao, porque supe
que usted iba a dirse, m'hijo; güeno,
yo colijo su rumbo. Y es natural, si tiene
gusto a sangre en la boca lo compriendo,
al hombre más curtido
se le hacen ñudos en el facón los dedos
cuando le yevan la mujer querida
y lo dejan vacido por dentro.
Mas yo hablo por la cría,
me priocupa la suerte de mis nietos
que aunque puedan mañana
encontrar el amparo del agüelo
nu es lo mesmo malariarse en mis rezongos
que tomar enseñanza de su e'emplo.
Adimás, si los deja, aunque no quiera,
aunque los cobijen mis empeños,
siempre serán los pobrecitos guachos
que andan pegaos al chiripá de un viejo.

Pero, a qué continuar si le hablo a un poste,
le escucho galopiar el pensamiento

RECITADOS CAMPEROS

y a tiempo que le pido que se quede
usted muenta a caballo y ¡hasta luego!
Ta bien, ¿a qué insistir?, siga su güeya,
vaya a saciar en sangre sus deseos,
más antes, es necesario,
ya que el via'e es tan largo, que cavemos
sobre la sepultura de su mama;
hay que cambiarle pa otro lao los güesos
a la pobre finada.
Vamos a ponerla más acá del cerco,
se le han venido encima los caminos
y en quantito descuidemos
l'echan la cruz abajo
tanto golpiar contra ellas los troperos.

Aquí tiene la pala, tome y cave,
sacúdale nomás, duro y parejo,
yo, ya estoy muy bichoco
pa estas faginas. Y pensar que llevo
treinta años al costao de esta osamenta
que ha sido mi martirio y mi consuelo.
¿Es muy dura la tierra? ¿Que parece
que nunca juera removida? Y güeno
¿no le digo que son como treinta años
que hice una zan'a pa enterrar mis sueños?
No se me pare, métales de punta
qu'el cajón nu'estar lejos.
Hunda la pala, p'ahí, donde se asoma
ese pedazo 'e cuero.

Empuje, tuerza ansí, tire p'arriba,
no se me áhugue de miedo.
¿Que es un cajón muy chico?
Más chica es la concencia
y cabe el mundo adentro.
¿Ta asustao porque ha visto
que ha sacao un cajón que nu es de muerto?

RECITADOS CAMPEROS

Váyase preparando pa otras cosas
más chicas y más grandes que tuito ésto.
Déjeme abrir la tapa, que al abrirla
van a volar treinta años de recuerdos.
Levántese; que un gaucho se almarea
tan sólo en hora que se está muriendo.
¿Lo asombra ver este montón de ropas
podridas por el tiempo
en lugar de los restos de su mamá?

Mírelos, sin embargo, son sus restos,
lo que quedará d'ella en ese rancho
que ha guardao tantos años el secreto.
Aquí tiene, la bata florecida
que perjumó mi vida, su pañuelo
el reboso de lana,
la cinta azul del pelo,
los botines puntiaos, las medias blancas
que le compré en el pueblo,
y ese montón de hilachas carcomidas,
la pollera punzó del casamiento.
Esto jué la osamenta
que yo he velao treinta años en silencio
pa que denguno, nunca,
tuviera que marcarlo con el dedo
y refrescarle el barro y la vergüenza
que tuvo por herencia 'e nacimiento.

Ella tamién, igual que áura la suya,
se jué con otro y al primer momento
decidí lo que usté: dir a buscarlos
y cobrarme la deuda fierro a fierro;
pero allá en la cunita abandonada
taba m'hijo durmiendo,
un inocente que al final de cuentas
diba a pagar lo que otros habían hecho,

RECITADOS CAMPEROS

y me mordí disesperao las manos;
envainé mi cuchiyó en el alero
y enterré silencioso esos despojos
y me dispuse a continuar viviendo,
sonriyendo po a'uera
y con la muerte adentro,
pa que m'hijo se criara
sin saber el por qué de mi tormento;
limpio de alma y de nombre,
trabajador, y honrao de pensamiento.

¡Treinta años que he guardao este misterio!
Aura, ya semos dos a soportarlo,
ya me puedo morir; con el secreto
y áura dígame usté, si ha servido
de alguna cosa tanto sufrimiento.
Saque esa cruz que ya no escuende nada,
empareje el terreno,
y váyase nomás a vigilar los nietos.
Como es eso. ¿Rumbea pa su rancho?
Tráigame los gurises un día de estos,
que tengo ganas de abrazarlos. ¿Juye?
¿Se ha echao sobre los o os el sombrero?
¡Va gorando! No importa que padezca,
yo lo hice por usté; sufra por eyos.

.....

Gracias, Señor, por fin he comprendido
por qué me heriste en la mitá del pecho.
Las penas que sufrí resultan chicas
si las comparo con el bien que han hecho.
Te ensañaste en un gaucho pa que fuera
tuito ese mal, la dicha de un agüelo.

Claudio Martínez Payva.

A MAYOR DESGRACIA, MAYOR SUERTE

(Monólogo cómico. — Telón corto de calle)

Don Inocencio Iparragoitia, es un vasco lechero de unos cuarenta años de edad. — Entra por una lateral. Trae tarro y medidas para la leche.

IPARRAGOITIA (a uno del público). — Buenos noches, vecina... (Se dispone a servir la leche). ¿Cómo?... ¿Hoy no quiere leche?... Bueno..... será mañana... (Vuelca la leche en el tarro. Medio mutis). Hasta mañana... ¿Eh?... Ah, sí... ¡Tiempo malo, tiempo malo!... pero no asustarse, vecina... cuanto más tiempo malo, mejor viene a uno... Oh, sí, sí... yo siempre tener desgracia, mejor suerte... Don Inocencio Iparragoitia, mi padre, un vasco grande y noblote, así... así... decía siempre esa máxima: a mal tiempo, buena cara... Y así es, vecina... Un día, allá en mi pueblo, año en que cosecha era mala y vacas morían de sed y la tierra era seca, vino una tormenta, una tormenta tremenda, y llevó todo al mar: vacas, ternero y casuca... hicieron suscripción en pueblos vecinos y con plata que dieron, compramos mejor casuca, mejores vacas y mejores tierra... Ya ve, vecina: a mayor desgracia, mejor suerte...

Inocencio, mi padre, darme dinero... vengo a Buenos Aires y pongo negocio... negocio mal marcha y quedo en la calle en gran miseria... y voy al campo de peón en un tambo, casa de vasco bruto y rico, y me caso con la hija, hija de vasco bruto y rico, y rica ella. Ya ve, vecina: a mayor desgracia, mejor suerte.

Un día mi mujer se enferma, se enferma mal... y los médicos, que no cura, que no cura... gasto plata, y plata, y más plata y no cura... mi suegro, vasco bruto y rico, enferma del corazón y da un ataque de pena y se muere... y mujer cura, y hereda herencia vasco bruto y rico... Ya ve, vecina: a mayor desgracia, mejor suerte.

Y un día... tengo hijo... hijo grande y colorado... grande y fuerte como hijo vasco... hijo crece... crece y se hace hombre... y pone tambo y saca millón... tira tarros, medidas, cepillos, suecos,

todo... y suelta vacas a la calle... y se enferma y va al manicomio... ¡Gran desgracia, sí sí!... un día muere, y yo heredo todo... Ya ve, vecina: a mayor desgracia, mejor suerte.

Un día cansado, saco pasaje, irme a mi tierra a descansar y ver madre enferma... llego a casa de noche y encuentro bomberos... todo se quema, todo... casa, muebles, ropa... terneros se mueren... vacas gritan, gritan... mujer enferma de ataque en asistencia pública... ¡Gran desgracia, sí sí!... Mujer y catástrofe, no dejan irme a mi tierra, y recibo telegrama: madre ha muerto... ¡gran desgracia, sí, sí!... ¡Gran desgracia!... En fin, cobro póliza seguros casa y vacas, y edifico casa más grande... y más rica. Ya ve, vecina: a mayor desgracia mejor suerte.

La desgracia y la suerte acompañan a los Iparragoitia... razón tenía mi padre: la desgracia trae suerte, decía. La desgracia, es una mu' er que nos quiere... una mujer buena que no nos engaña... y la suerte, es cuando esa mujer nos besa y nos abraza fuerte... fuerte... y nos quita la fuerza y nos rinde... yo recuerdo que el cura de mi pueblo, tenía una máxima: desgracia con suerte. Y así era, sí, sí...

Bueno... sucede que un día, mi mu' er, la hija del vasco grande y rico, se enferma, y se pone flaca, como una anguila... Médicos dicen: necesita aire de sierra... y la llevo a Córdoba... allá, médicos dicen: necesita baños de mar... y la llevo a Montevideo... allí médicos dicen: necesita aire de sierra... y la traigo a Córdoba... en Córdoba médicos dicen hay que hacer operación... y la traigo a Buenos Aires... aquí médicos dicen: hay que hacer operación, sí, sí... y cuesta veinte mil pesos... sí, sí!... ¡Gran desgracia!... Hacer operación, y mujer no muere... vive... vive... pero muere a los tres meses... ¡Gran desgracia, sí, sí!... ¡gran desgracia!... la entierro, y cobro toda herencia padre, vasco bruto y rico... Ya vé, vecino: a mayor desgracia, mejor suerte.

Y ahora, como si fuera tan poco todo eso... recibo un telegrama de mi pueblo... (Saca del bolsillo un telegrama) ¡gran desgracia, sí, sí!... ¡gran desgracia!... (Lee). Padre Inocencio, ha muerto... Ven cobrar herencia... Ya vé, vecina: a mayor desgracia, mejor suerte... (Mutis).

A MAYOR SUERTE, MAYOR DESGRACIA

(EL VASCO LECHERO)

A mi amigo E. Ochoa

(Inocencio Iparragoitia, vasco lechero; canoso, de indumentaria humilde. Tarro y medida para la leche).

IPARRAGOITIA. — (A uno del público). Buenas, vecina... No querer otra vez leche del viejo Iparragoitia... ¿Eh?... No asustarse... Sí, yo ... El mismo que viste y calza... La fortuna, vecina, es como las aspas de un molino... Estas giran hacia donde las lleva el viento y aquella hacia donde va la buena o la mala suerte... (Pausa breve). Es verdad, vecina... ¿Se acuerda de a mayor desgracia, mejor suerte?... Pues todo eso mejor dicho, a mayor suerte mayor desgracia... Así como lo oye, vecina... Todo, todo perdido, sí, sí... ¿Cómo?... Fácil es, vecina... Plata de la suscripción, vacas, casuza y tierra cuando tormenta tremenda llevase todo al mar, vendido todo y dinero puesto en acciones sociedad minas de carbón de no sé dónde de tan lejos... y nada, vecina. Todo mentira... Estafadores, sí, sí. Ya vé, vecina: a mayor suerte, mayor desgracia.

No importa, me di'e... Vasco bruto y terco, ganarás en otra. Y con plata de herencia de vasco bruto y rico de mi suegro, compro una granja con socio paisano Iturbide. Máquina de Estados Unidos, todo nuevo y moderno... Todo menos paisano Iturbide, gran crápula, sí, sí... Un día, máquinas, vacas, Iturbide, todo desaparecido, y yo quedar en la calle... Crápula, sí, sí. Ya vé, vecina: a mayor suerte, mayor desgracia.

Vasco zonzo y bruto... No escarmienta... Y con plata de hijo loco, compro acciones compañía seguros... seguros, sí, sí... Seguros los otros... Banda de ladrones, llevaron todo... Acciones no tener valor... Y vasco caprichoso otra vez perder todo... Ya vé, vecina: a mejor suerte, mayor desgracia.

Y con dinero vasco bruto p' liza de incendio de la casa, edificado más grande... Vendido todo después, y venir yo, Inocencio Iparragoitia, Buenos Aires, a tentar fortuna...

Fortuna, sí, sí... No haber salido del pueblo, vecina... Alquilo casa grande. Vecinos, hijos de vasco sano y noblote ofréceme negocio ganar mucha plata, mucha plata... (En confidencia). Aceptar redoblonas... Y

empiezo... Pierdo... Y pierdo... Paciencia, — Iparragoitia, decir vecinos hijos de vasco sano y noblote. Ya vendrá la racha, la racha buena. Y vino, sí, sí... vino la policía, y llevó todo, plata y vasco terco y bruto Inocencio Iparragoitia... Pagar multa... Tocar piano que dicen los ladrones... Retratarme... Y el hijo del viejo Inocencio Iparragoitia, salió avergonzado y sin plata a la calle.

Ya vé, vecina: a mayor suerte, mayor desgracia...

Si yo no tener tanta plata, no hacer eso... Vasco zonzo, sí, sí...

Pero no importa, vecina... Inocencio Iparragoitia, es vasco, y vasco cabeza dura.

Cuando chico, recuerdo que cuando mi madre me pegaba en la cabeza se sangraba los dedos, sí, sí... Cabeza dura... Cabeza dura, sí, sí...

El caso es, vecina, que con la herencia mi mujer muerta de padre vasco bruto y rico, pongo lechería, café con leche y comida... Yo no saber negocio y tomar socio... Y así seguir un año bien y ganando... Después desalojo, dueño edifica casa... Yo querer esperar, socio querer vender... Reviso libros, cuentas, ventas... Y descubrir socio ladrón... Todo deber casa importadora... Vender negocio, y pagar deuda... Y otra vez en la calle... Ya vé, vecina: a mayor suerte, mayor desgracia...

En fin, vecina, vasco escarmentado va a cobrar herencia de padre muerto... No hacer negocio, no, no. Sí al campo, y trabajar. Trabajar solo, y hacerse rico otra vez. Y cuando de vuelta con estos pensamientos en el vapor que me traía de nuevo a Buenos Aires, —disculpe, vecina, la referencia— una mujer linda como las mañanas de mi tierra, se hizo mi amiga, vecina... Y más que amiga después... Y en llegando a Buenos Aires, me llevó a una casa, suya dijo que era, y presentó a marido joven y criollo... Y hablando y hablando, nos hicimos amigos, y después... ah, vecina, vergüenza da contarlo, me entregaron en un paquete mucha plata guardar, y yo la mía en garantía... Y así, esperando, esperando, vecina pasé la noche, y cuando vasco honrado y leal, entrega paquete comisario, oficial se ríe... Paquete no tener plata, tener papeles viejos... Y no vi más a ella, ni a él, ni plata. Ya vé, vecina: a mayor suerte, mayor desgracia...

¿Bueno, vecina, mañana empezamos?... Sí, sí. Leche buena fresca y pura. Hasta mañana, vecina. (Mutis).

Francisco Hostench.

POBRE LOCA

I

Todas las tardes, cuando el sol declina
 En brazos del misterio,
 Una mujer llorosa se encamina
 Al santo cementerio.

Con tosco y miserable desaliño,
 Toca de luto viste,
 Y lleva de la mano a un pobre niño
 Descalzo, enfermo y triste.

El paso torpe y trémulo apresura,
 Marchando silenciosa
 Hacia la solitaria sepultura
 En que su amor reposa.

¡Ay!, su semblante tétrico y sombrío,
 Su atónita mirada,
 Reflejan el dolor y el desvarío
 De un alma destrozada.

Al pie del nicho desarruga el ceño,
 Detiene su carrera,
 Llama en la losa con tenaz empeño,
 Y espera, espera, espera...

El niño tiembla. La impaciencia loca,
 Que a un tiempo reza y gime,
 Que el dulce nombre del esposo invoca
 Con ansiedad sublime,

Golpea el mármol sepulcral, y el eco
 Sordamente retumba,
 Con lúgubre gemido, desde el hueco
 De la cerrada tumba.

Y la infeliz mujer, en son de queja,
 Grita: — ¿Dónde estás, dónde?—
 Rompe en sollozos, y por fin se aleja

Diciendo al niño: — ¿Ves? No me responde.—

II

¡Ah, no lo llores más! ¿Por qué el ingrato,
 Por qué, si te quería,
 Abandonó tu cariñoso trato.
 Tu blanda compañía.

La santa paz de la familia, el culto
 De sus tranquilos lares
 Para excitar en medio del tumulto
 Las iras populares?

Siempre deja, en su bárbaro extravío,
 La inquieta muchedumbre,
 Más de un amante corazón vacío,
 Más de un hogar sin lumbre.

¿Por qué no recordó, cuando inhumano
 A su rencor cediendo,
 Corrió a verter la sangre de su hermano
 En el combate horrendo.

Que cuantos en la lucha sucumbían,
 Ante el peligro fijos
 Por la voz del deber, como él tendrían
 Madres, esposas, hijos?

¿Por qué no recordó que un pueblo libre
 Ni límite ni coto
 Pondrá a sus desventuras mientras vibre
 El arma en vez del voto?

.....
 ¡Ah, no lo llores más! No lo merece.
 No sufras ni batalles;
 El que mancha su sangre, el que envilece
 Por plazas y por calles.

La Augusta libertad; el que furioso
 Apela al hierro insano,
 No es tierno padre, ni sensible esposo,
 Ni honrado ciudadano.

Núñez de Arce.

MARUJA

Cerca de un pueblo, en la frondosa orilla
De caudoloso río que dilata
Por ancha vega su raudal de plata,
Y en medio de la paz franca y sencilla
Con que nos brinda la apartada aldea,
Risueño albergue, entre el follaje oscuro
De corpulentos árboles, blanquea.

Alta y segura tapia lo rodea,
Que cierra y guarda como fuerte muro
El cultivado predio, en que derrama
Pródigo Dios sus dones paternos.
Allí de los naranjos y perales
Cruje y se dobla la robusta rama
Bajo el peso del fruto; allí la higuera
Crece con vigoroso poderío,
Cuelga la hojosa vid en la colina
Y el sauce melancólico se inclina
Sobre las aguas del profundo río.
Copudos olmos en abierta hilera
Le dan templada sombra entrelazando
Su verde y abundosa cabellera,
Que el viento mueve con susurro blando;
Y mientras que la joven primavera
Reparte por doquier hojas y flores,
Ocultos en los árboles del huerto
Ofrecen los esquivos ruiseñores
Al alma triste arrobador concierto.

En el suave declive de una loma
Se divisa al través de la espesura,
Tan blanco cual la cándida paloma
Que en medio del vergel repliega el ala,

Un palacio de esbelta arquitectura.
Por la pared el heliotropo escala
Las altas rejas, esparciendo en torno
El aroma purísimo que exhala;
No lejos de la puerta de cristales
Que al vestibulo da, préstale adorno
Rojos tiestos de plantas tropicales,
Y cubriendo el dintel la ardiente cepa,
Por las tejidas cañas y varaes
Que la sostienen, se retuerce y trepa.
Un grupo escultural, Venus que abraza
A Adonis moribundo, orna la fuente
Que se destaca en el jardín ameno:
Cae el claro raudal de taza en taza,
Dando frescura al perfumado ambiente,
Hasta el ancho pilón, de peces lleno,
Y por diversos cauces repartido
Sigue su curso caprichoso y vago,
Hasta perderse en transparente lago
De pintorescas márgenes ceñido.
Del almo sol el vívido destello,
Al traspasar el húmedo follaje
El manso lago a trechos brillante,
Y airoso cisne de enarcado cuello,
Esponjando su nítido plumaje,
Por las dormidas aguas se adelanta.

El sosegado albergue, la floresta
Que la serena atmósfera perfuma,
Los olmos que convidan a la siesta,
El lento río, el lago sin espuma,
Todo suspende el ánimo y le encanta,
Hasta la leve y azulada bruma
Que en las distantes cumbres se levanta.

¿Quién, huyendo los pérfidos consejos
De la torpe ambición, que al hombre acosa,

RECITADOS CAMPEROS

En indolente placidez la olvida,
 Y de sus luchas implacables dejos,
 En la quietud del campo deleitosa
 Deja correr sus horas sin medida,
 Semejante a la fuente rumorosa
 Que por el césped se desliza oculta
 ¿Será alguna conciencia dolorida
 Que los rudos engaños de la vida
 En calculada oscuridad sepulta?
 ¡Ah, no por cierto! En tan feliz asilo
 Vive el amor.

Pero el amor tranquilo,
 Santo, inefable, emanación del cielo:
 No la indócil pasión que se desboca,
 Que nunca sacia su infecundo anhelo
 Y envenena y corrompe cuanto toca.
 No ciego ardor que retronando pasa
 Como por el espacio la tormenta;
 No el fuego voracísimo que abrasa,
 Sino la mansa lumbré que callenta.
 ¡La lumbré del hogar, siempre bendita!

Arbol que brevemente se marchita
 Es la vida mortal. Ho'ra por hoja,
 El huracán del mundo que lo agita
 De su rico ornamento lo despoja,
 Y, cuando seco y sin verdor lo deja,
 La tímida ilusión, que en él habita,
 Tiende sus blancas alas, y se aleja.
 ¡Feliz, feliz el árbol que a cubierto
 De recios y continuos aquilones,
 Vive seguro en escondite huerto,
 Y hasta que rinde el natural tributo,
 Crece, sin que el furor de las pasiones
 Le arrebate a destiempo ho'as y fruto,
 Mas no sólo el pesar ama el misterio;

RECITADOS CAMPEROS

No sólo el corazón que sufre y gime
 Romper ansía el fiero cautiverio
 Con que la torpe multitud lo oprime;
 Porque también en su expansión sublime
 La lucha humana, que tan poco dura,
 Busca en la soledad olvido y calma,
 Y es que en sus horas de mayor ventura
 Tiene tristezas íntimas el alma.

Apartados del fausto cortesano,
 Viven allí los condes de Vitoria
 En el reposo, del contento hermano;
 Que Dios, premiando sus virtudes, quiso
 A tanto amor anticipar la gloria
 En aquel envidiable paraíso.
 ¡Cuán ricos de color y cuán veloces
 Corren para ambos los serenos días,
 Sin que su paz altere nube alguna!
 Arranques de pasión, supremos goces,
 Recuerdos de placer, tiernas porfías
 Que el bullicio del mundo no importuna,
 Llenan el raudo curso de sus horas,
 Y cien veces, al rayo de la luna,
 Sus pláticas de amor encantadoras
 Quebra de pronto el ardoroso trueco
 De ósculos y joviales carcajadas,
 Que por aquellas verdes enramadas
 Cansado está de repetir el eco.
 No hay en aquel lugar sitio ni ruta
 Que no guarde en su rústica belleza
 Cuanto le es dable ambicionar a un hombre
 Dulcemente querido; cada gruta,
 Un sueño realizado, y la corteza
 De cada tronco secular, un nombre.
 El de ella, el de él, que en trazos caprichosos
 Por doquiera que van graban e imprimen,
 Y que imitando brazos amorosos

RECITADOS CAMPEROS

Se buscan, y se alcanzan, y se oprimen.

Mediaba a la sazón el mes de mayo
 Con su tibio calor. Atardecía.
 El sol poniente con oblicuo rayo
 La copa de los árboles hería,
 Y de sus tintas cárdenas y rojas
 El trémulo vislumbre reucía
 Entre las tenues y movibles hojas,
 ¡Con qué hermosa tristeza muere el día!
 Como el crónico enfermo, que presiente
 Cercano el fin, la luz de la esperanza
 Se dilata más viva y más ardiente,
 Así, a medida que la noche avanza,
 Es el aroma de la flor más suave,
 Más sonoro el murmurio de la fuente
 Y más sentido el cántico del ave.
 La caricia del céfiro es tan blanda
 Como el beso de un niño; el soberano
 Disco del sol, al tramontar, se agranda
 Palideciendo; el cielo se colora,
 Medita el triste, el corazón cristiano
 Se reconcentra en el misterio, y ora.
 ¡Oh, inescrutable y doloroso arcano!,
 Para hacer más sensible la partida,
 Irradía siempre en su postrer instante
 Con su más bello resplandor la vida.

Gozando de la espléndida hermosura
 De aquel ocaso, la pareja amante
 Por los jardines d'scurría, en donde
 Aglomeró la conyugal ternura
 Todas las dichas de la tierra. El conde,
 Ya acostumbrado al ocio de la aldea,
 Casi tendido en la mullida alfombra
 De césped floreciente, un libro-hoja,
 Y a pocos pasos, a la fresca sombra

RECITADOS CAMPEROS

De un gigante almezo, nido de amores,
 De la postrera claridad del día
 Se despiden los páaros cantores;
 Escuchando con vago arrobamiento
 Esas confusas voces interiores
 Con que nos adormece el sentimiento,
 Y junto al lago que ondulante brilla
 Del sol a las inciertas llamaradas,
 Su noble esposa está, con la sombrilla
 Signos, letras y cifras enlazadas.

Su alrosísimo cuerpo la condesa
 Envuelve en blanco y vaporoso traje;
 Cubre su seno incitador espesa
 Y nivea malla de preciado encaje,
 De donde arranca alabastrino cuello;
 El aura leve de la tarde besa
 Una rosa prendida en su cabello,
 Que cae en trenzas perfumado y blondo,
 Y en su mirada diáfana y serena
 Su corazón se ve como en el fondo
 Del limpio lago la menuda arena.

¡Ay! ¿En qué piensa muda y distraída
 Mientras con mano indiferente raya
 La húmeda tierra? El sueño de su vida
 Se desliza tranquilo; pero ¿acaso
 Hasta la misma dicha no desmaya
 En medio del placer? ¿Habrá quien pueda
 Afirmar que en el fondo de su vaso
 Ninguna gota envenenada queda?
 Dios la colmó de santas alegrías,
 Y con florido vínculo eslabona
 El casto amor sus apacibles días,
 No envidia, no aborrece, no ambiciona,
 Y olvidada del mundo, como un preso,
 En su albergue escondido y solitario

RECITADOS CAMPEROS

Es su pura conciencia un santuario,
 Su hogar una ilusión, su vida un beso.
 Mas, ¡ay!, que alguna vez, cual fugitiva
 Nube que ofusca al sol, su ánimo embarga
 Una opresión tan honda como activa,
 Y la invade en silencio el ansia amarga
 De un deseo imposible.

De repente
 Suspende el conde su lectura, observa
 La abstracción de su esposa, y diligente,
 Como quien anda a caza de un descuido,
 Llega a su lado. La esponjosa hierba
 De su ligero paso embota el ruido.
 ¿Qué tiene su mujer? ¿Qué pena grave
 Atribula su espíritu? Lo ignora.
 ¿No pudiera una cifra delatora
 De aquel enigma descubrir la clave?
 Pero, ¡oh sorpresa!, acércase y advierte
 En la arena sutil su nombre escrito,
 Y su temor en gozo se convierte,
 Mientras ella, arrancada de esta suerte
 A sus vagos ensueños, lanza un grito.

—¿Sientes placer en asustarme?— exclama,
 De su infundado miedo aun no repuesta
 Y con fingida cólera la dama.
 —¡Vaya un gusto!—Perdona si indiscreto
 He querido—su esposo le contesta—
 Sorprender tu secreto.—¡Mi secreto!...
 ¿Lo tengo acaso para ti?—responde
 La joven más calmada.—Mentiría
 Si dijese que no—replica el conde—,
 Y llevo siempre la verdad por guía.
 Como es tan suspicaz, nada se esconde
 A los cuidados del amor. ¡Ay, Clara!

RECITADOS CAMPEROS

Tres años hace ya que al pie del ara
 Rendimos la cerviz al santo lazo,
 Y ha sido para mí tan corto el plazo
 Como si, todo entero, se encerrara
 En el término breve de un abrazo.
 ¿Es por ventura extraño que en tu cara
 Descubra tus más íntimos antojos,
 Tu inquietud más secreta y contenida,
 Si las mejores horas de mi vida
 Paso, mi bien, mirándome en tus ojos?—

Clara escuchaba a su entrañable dueño
 En deletosa languidez sumida,
 Como se escuchan, al través del sueño,
 En el hondo silencio de la noche,
 Las notas de acordada serenata.
 Luego, en son de tiernísimo reproche,
 El siguió con ardor: —¿Callas, ingrata?

La condesa mostrábase indecisa;
 Pero venciendo su emoción primera
 Prorrumpió al fin en descompuesta risa,
 Acaso más nerviosa que sincera,
 Y exclamó como en burla: —¡Vaya un tono
 Sentimental y trágico! Lo excuso
 Porque mi propio amor habla en tu abono.
 ¿Tienes celos quizás?—No sé—repuso,
 Animándose, el conde.—¿Por qué a veces,
 Cual si cediera el corazón sumiso
 Al ansia ineludible de un deseo
 Que no logras vencer, cuando pareces
 Más feliz y contenta, de improviso
 La frente inclinas y en tus ojos veo
 Cuajada alguna lágrima indiscreta?
 ¿Por qué esa agitación latente y sorda,

RECITADOS CAMPEROS

Cuyo origen no sé, que no respeta
 Ni la plácida paz de este retiro,
 Y que a menudo, a tu pesar, desborda,
 Arrancando a tus penas un suspiro,
 Como un sollozo, acusador? El hecho
 Se niega a mi razón, y temo y dudo...
 ¡Ay, ya no puedo más! Rómpace el nudo
 Que ata mi lengua y me comprime el pecho.
 ¿Por qué callas, por qué?—

Casi ceñudo,
 Clavando su mirada escrutadora
 En los ojos de Clara, que confusa
 Soportaba el agravio de la queja,
 La respuesta esperó; pues ¿quién rehusa
 Fácil alivio al corazón que implora
 Cuando puede mandar? Quedó perpleja
 Breves instantes, ruboroso fuego
 Tiñó su faz, y palpité en sus labios
 Tal vez su confesión, tal vez un ruego
 Que expiró sin nacer. Pero de sabios
 Es mudar de opinión. Dominó luego
 El generoso impulso que sentía
 Y prorrumpió, mostrándose enojada:
 —Pesado estás, Enrique. ¿Hay tal manía?
 Ni sé, ni oculto, ni sucede nada.

En el fondo del pecho, en lo más vivo
 Del alma, donde el golpe que se asesta
 Siempre es mortal, el conde, trastornado,
 Sintió el acre dolor de la respuesta.
 Como traspasa rayo fugitivo
 El seno tenebroso de un nublado,
 Así la suspicacia, envuelta en ira,
 Iluminó su frente borrascosa,
 Y la frase brutal —¡Esto es mentira!—
 Retorcióse en su boca temblorosa,

RECITADOS CAMPEROS

Mas no brotó. Con ojos perspicaces
 Notó la incertidumbre de su esposa,
 Y exclamó reprimiéndose: —¡Mal haces,
 Mal haces en negar a quien te ruega,
 Lleno de amor, la excusa que le debes!

¡Aun el recuerdo del pasado jueves
 Me persigue tenaz! La fértil vega,
 Que esponjaban los céfiros de mayo,
 Reverdecía con pujante brío,
 Y bendiciendo a Dios, como el que acaba
 De salir de intensísimo desmayo,
 La luz, el campo, la arboleda, el río.
 La balsámica brisa, todo estaba
 Alegre, menos tú. Me propusiste,
 Tal vez para aliviar tu propio hastío,
 Una excursión a la vecina sierra.
 Cedi; tu aspecto resignado y triste
 Vencióme, y emprendimos la jornada
 Con la fuerza del sol. Tú, distraída,
 Extraña a los rumores de la tierra,
 Dejabas caminar, suelta la brida,
 Al dócil potro, mustia y fatigada;
 Y yo a tu lado, sin hablar contigo,
 Marchaba absorto, a tu abstracción creciente
 Buscando sin cesar causa o pretexto.
 ¡Sabe Dios, a quien tomo por testigo,
 Que no cruzó ni un punto por mi mente
 Nada contrario a tí! — Y al decir esto
 Miraba a su mujer severo y grave.
 Escuchábalo Clara con la frente
 Baja y el aire al parecer sereno,
 Si bien un soplo imperceptible y suave
 Levantaba el encaje de su seno.
 —Porque no es desamor, ¿verdad, bien mío?

RECITADOS CAMPEROS

No es desamor la pena que te aflige.
 "Quizás cansada ya ve con desvío,
 En tan continua soledad —me dije—,
 Nuestro largo y monótono reposo".
 Y con esta inquietud dentro del pecho
 En silencio seguimos largo trecho,
 Desanimada tú, yo caviloso.

Ya en terreno difícil y escabroso,
 —el conde prosiguió—, donde el camino
 Por entre peñas y malezas sube,
 En despoblado a sorprendernos vino,
 De las cimas bajando, oscura nube.
 Aquel agrio lugar, donde prospera
 En libertad la enmarañada broza,
 Es tan salvaje y solo, que pudiera
 Servir quizás de ascético destierro.
 A algún humilde y santo cenobita.
 No hallamos ni el refugio de una choza.
 Únicamente sobre estéril cerro
 Divisamos, no lejos, una ermita.
 Pero ¿cómo trepar a aquella altura?
 Por fin, tras mil esfuerzos y cuidados,
 Nos sacaron con bien de la aventura
 Nuestros ágiles potros, avezados
 A caminar por trochas y montañas,
 Y llegamos al templo de María
 Cuando la nube, abriendo sus entrañas,
 En lluvia torrencial se deshacía.

La Santa Virgen nos prestó su ayuda
 Y entramos en la ermita —añadió el conde,
 Más conmovido cada vez. — Tú, muda,
 Te prosternaste ante el altar de hinojos.
 ¡Es menester que sin piedad ahonde

RECITADOS CAMPEROS

En los negros abismos de mi duda
 Aun cuando estalle el corazón! Los ojos
 Casi llenos de lágrimas pusiste
 En la divina imagen, y a mi oído
 Llegó tu voz, debilitada y triste,
 Como el eco lejano de un gemido.
 ¡Ay!, más desalentado que ofendido,
 Me pregunté confuso: — ¿Por qué trata,
 A quien tan sólo para amarla existe,
 Con tan injusta prevención, la ingrata?
 ¿Quién causa su profundo desconsuelo,
 Que por injuria a mi carifio tomo?
 Hirióme el alma punzador recelo,
 Y vacilé desconcertado, como
 Si sobre mí se desplomara el cielo.

Era en el conde la emoción tan viva,
 Que su queja expiró como el murmullo
 Del céfiro en la selva, tenue y vago.
 La ilustre dama lo escuchaba altiva,
 Y en pertinaz batalla con su orgullo,
 Más fácil a la ofensa que al halago,
 Ni una palabra pronunció siquiera
 Para calmar las dudas de su esposo,
 Que a un tiempo enternecido y receloso
 Trémulo prosiguió: — Cesó la lluvia,
 Y al través de la rústica vidriera,
 Cercó de pronto tu cabeza rubia
 Tibio rayo de sol, como si fuera
 El nimbo de una santa. ¡Oh!, ¡cuán hermosa,
 Ante aquel pobre altar arrodillada,
 Te ví, clavando con filial ternura
 ¡En la Reina del cielo tu mirada!
 Sentí como una ráfaga piadosa
 Que disipaba mi mortal tristeza,

RECITADOS CAMPEROS

Y una voz que bajando de la altura
Parecía decir: —¡Quien así reza
Es fiel esposa, es inocente, es pura!

Clara no pudo más. Bajo el hechizo
De aquella blanda queja dolorida,
Su tenaz resistencia se deshizo
Cual témpano de hielo, que líquida
El sol primaveral. —Pues bien, confieso,
¿A qué ocultarlo? —suspiró llorosa—,
Que un afán imposible con su peso
Mi paz conturba y sin cesar me oprime.
—¡Oh!, —clamó el conde impacientado—, ¡dime,
Dime, ángel mío, el ansia que te acosa!
¿Quién, como yo, calmártela podría?
—De mi amor has dudado, y te castigo.
¡Hoy no! Mañana, al despuntar el día
—Respondió Clara—, volverás conmigo
A la escondida ermita de la sierra,
Donde los dos, con la rodilla en tierra,
Elevando las almas a María
Y teniendo su imagen por testigo,
Haremos mutua confesión... ¡Ingrato!
Entonces, cuando sepas mi secreto,
Lamentarás tu culpa y tu arrebató.
—¿Y mañana hablarás? —¡Te lo prometo!
—¿No pudieras hoy mismo...? —¡Punto en boca!
—Exclamó la condesa jovialmente—:
Y puesto que vengarme determino,
Callar por hoy y obedecer te toca.
Iba el conde a insistir; mas de repente
Suceso extraño a interrumpirlo vino.

Por el sendero enarenado y raso
Que en caprichosa ondulación se aleja
De aquel risueño edén, hacia la entrada,

RECITADOS CAMPEROS

Se iba acercando con ligero paso
Un guarda, conduciendo de la oreja
A una niña nerviosa y asustada
Como avecilla en manos infantiles.
No el leve peso de sus ocho abriles
Rendía su vigor, pero agitada
Seguía la infeliz a la carrera,
Dando al viento su crespa cabellera,
De su aprensor la marcha acelerada,
Cual tamo que arrebató la corriente
Va envuelto en el turbión. —Pierde cuidado
—Iba diciendo el rústico impaciente—,
Pues yo haré, ¡vive Dios!, que no te metas
Otra vez, destrozándome el vallado,
A robar flores y romper macetas.
¡No volverás a tus antiguas mañas!
—¡Perdón! —gimió la niña en su extravío,
Con el llanto cuajado en sus pestañas
Como en la flor las gotas del rocío,
Y con acento desmayado y triste,
Semejante al balido de la oveja
Que al sacrificio va—. —¡Por fin caíste!
—Dijo el guarda, cebándose en la oreja,
Más roja que el carmín—. Pero descuida,
Que llevarás el merecido pago.

Por el rumor creciente sorprendida
Salió de pronto la feliz pareja
De las frondosas márgenes del lago,
Y, marchando al encuentro del severo
Y arriscado guardián —¡Hola! ¡García!
—El conde preguntó—: ¿Por qué tan fiero
Contra esa pobre estás? —Perdone usía
—Contestóle, quitándose el sombrero
En actitud humilde—. Esa mozuela
Se coló en el jardín, no sé por dónde,

RECITADOS CAMPEROS

Y ha causado más daño que una nube.
 —¡Bravo! —exclamó sin alterarse el conde—.
 ¿Y es eso lo que aprendes en la escuela?
 —A tiempo —siguió el viejo— la detuve,
 Porque, si tardo más, llevaba traza
 De acabar con el huerto la chiquilla—.
 Aproximóse el conde a la rapaza
 Y, acariciando la infantil mejilla,
 Dijo con blando y apacible tono:
 —¿Serás buena, es verdad? —Sí, seré buena
 —La culpada exclamó de angustia llena—.
 —¡Pues anda! —contestóle—. Te perdono.
 —¡Ah, la perdona! —de paciencia falto
 Gruñó García—. Si el señor la trata
 Con tanto mimo, en su segundo asalto
 Deja la posesión sin una mata.
 —No tendré compasión si otra vez peca
 —Dijo el conde riendo—. Pero ahora,
 ¿Qué podemos hacer de esa muñeca
 Más chica que el dedal de tu señora?
 —¡Qué!—respondióle el guarda en un arranque
 De bárbara energía: —¡Casi nada!
 Darle un buen remojón en el estanque.
 —¡Jesús, qué atrocidad!—gritó indignada
 La dama—¡Si tal haces te despido!
 ¡Maltratar a una pobre criatura!—

Prestando a todo perspicaz oído,
 Ya de la ansiada impunidad segura,
 La niña estaba con los ojos bajos
 Y el picaresco rostro compungido.
 Tosca saya de míseros andrajos
 Sus delicadas formas envolvía,
 Como el capullo a la naciente rosa,
 Y animaba su cara maliciosa,
 Tostada por el sol de Andalucía,

RECITADOS CAMPEROS

Con inocente y vivo centelleo
 Su mirada leal, que todavía
 No inflamó el odio ni enturbió el deseo.
 ¡Oh! cuán gentil, con las sencillas galas
 Que piadosa le dió naturaleza,
 Parecía aquel ángel cautivado!
 Más negro y más lustroso que las alas
 Del cuervo, relucía en su cabeza
 El rebelde cabello enmarañado,
 Y en su labio entreabierto y encendido
 Bullían, retozones y traviesos,
 Prontos como los pájaros de un nido
 A escapar en tropel, risas y besos.

Fijó la dama su atención en ella,
 Y al través de la saya de mendiga,
 Rasgada y sucia, la encontró tan bella,
 Que exclamó sin pensar:—¡Dios te bendiga!—
 Un sentimiento irresistible y tierno
 Gana su corazón, siente que el llanto
 Sube a sus ojos, como el fuego interno
 Al cráter de un volcán. ¿Quién el encanto
 Resiste de aquel rostro peregrino?
 Cediendo a un movimiento repentino
 Corre a su lado, extática se queda
 Contemplando en silencio a la rapaza,
 Y una caricia compasiva enlaza
 El vil harapo a la opulenta seda.

Bien conoció la niña que tenía
 Dominada a su joven protectora,
 Y radió su semblante de alegría.
 La condesa, con voz halagadora,
 —¿Cómo te llamas?—preguntó.—¡Maruja!—
 Contestó la chicuela dulcemente,
 —Alzando el rostro interesante y bello.

RECITADOS CAMPEROS

—¡Si está más despeinada que una bruja!—
 Dijo Clara, atusándole el cabello
 Y apartando las greñas de su frente,
 Que apareció tan plácida y serena
 Como noche estival.—¡Es muy gallarda,—
 Siguió, buscando el parecer del conde,
 Testigo complaciente de la escena.
 Y luego, vuelta hacia Maruja:—¿En dónde
 Vives?—le preguntó.—Cortando el guarda
 La plática sabrosa, avanzó y dijo:
 —¿En dónde ha de vivir esa bigarda?
 Tal vez en el pajar de algún cortijo
 O en medio de una tropa de gitanos.—
 Clara mirólo desabrida y seca
 Y exclamó interrumpiéndolo:—¿Qué es esto?
 Todos, señor Andrés, somos hermanos.—
 Quedó el guarda confuso y descompuesto,
 Y Marujilla, con maligna mueca,
 Prorrumpió restregándose las manos:
 —¡Rabia, rabia, gruñón! ¡Hum! Te detesto!—

¡Por Dios que estaba hermosa! Era su gesto
 Tan petulante y vivo, su mirada
 Tan maliciosa, y su rencor tan justo,
 Que Clara, el conde y hasta el viejo adusto
 Soltaron a la vez la carcajada.
 —¡Miren la atrevidilla, y lo que sabe!—
 La señora exclamó, como enfadada.
 —¡Un arrapiezo que a sus anchas cabe
 Debajo de una criba, tal descaró!...
 Tus padres lo sabrán y ten por cierto
 Que no te irás sin la debida riña.
 —¡Cá! No me refirán — dijo la niña
 Con dolorosa ingenuidad. — ¡Han muerto!...
 —¡Pobre alma mía! ¡Tan pequeña y sola!...—
 Gritó Clara, y cogiéndola del brazo,
 Movida a santa compasión, sentóla

RECITADOS CAMPEROS

Con solícito afán en su regazo.
 La picaruela, envanecida y muda
 Se unió a la dama en apretado abrazo,
 Y en su memoria revivió, sin duda,
 El amor del hogar, ese cariño
 Que es, de ternuras inefables lleno,
 Más que la leche del materno seno
 Fortificante y sano para el niño.
 Extraña mezcla de placer y asombro
 El semblante expresó de la inocente,
 Que con lánguida calma sobre el hombro
 De la condesa reclinó la frente,
 Sin atreverse a respirar apenas,
 Por no turbar su interno regocijo,
 Hasta que Clara, al contemplarla, dijo
 Con blando acento:—Cuéntame tus penas.—

Y en esa charla interminable y rota,
 Como niebla deshecha por el viento,
 En que cada palabra es una nota
 Que llega al corazón, no al pensamiento;
 Charla con que la infancia nos domina
 Y muere con la edad cuando se clava
 Dentro del alma la primera espina.
 Dió principio la huérfana a su historia
 Como gorjea el ruiseñor su canto;
 Mas cuando los sucesos que evocaba
 Iban cobrando vida en su memoria,
 Pintábase en sus ojos el espanto.
 Como entre sueños recordó el molino
 En donde vió del sol la luz primera,
 El cauce bullicioso y cristalino,
 El huerto ameno y la feraz ribera
 Por donde alegre, entre el ramaje espeso,
 Suelta como una cabra triscadora,
 Buscaba la silvestre zarzamora

RECITADOS CAMPEROS

Y el higo chumbo en sus espinas preso,
Hasta que, a punto de expirar el día,
Cansada ya, bajo el amante beso
De su indulgente madre se dormía.
Luego habló de la noche pavorosa,
De perpetua tristeza para España,
En que la tierra, como mar furiosa,
Hizo temblar el llano y la montaña.
Para ahuyentar del enemigo impuro
Las asechanzas pérfidas, rezando
Maruja estaba en su caliente lecho,
Aquella noche memorable, cuando
Sintió azorada vacilar el muro,
Crujir las vigas, desplomarse el techo,
Y a impulsos del tremendo cataclismo
Su albergue paternal rodar deshecho,
Como piedra que cae en el abismo.

¿Quién la arrancó a la muerte en aquel día?
Sus hermanos los ángeles. Desnuda,
Dando voces de horror, entre el destrozo
De su perdido hogar, que engrandecía
Aquella soledad agreste y muda,
La pobre niña percibió un sollozo,
Ronco, desgarrador. ¡Era el lamento
De su mísera madre en la agonía!
Confusa, atribulada, sin aliento,
Haciendo sin cesar esfuerzos vanos
Para mover las vigas con sus hombros,
Y ahondando con tal ansia en los escombros
Que saltaba la sangre de sus manos.

—¡Madre, madre! —gritaba respondiendo
A la estertórea voz desesperada
Que en lenta gradación se iba perdiendo
En el silencio eterno de la nada.

¿Dónde dolor tan lúgubre y sombrío
Como el de aquella débil criatura,
Por la fiera catástrofe entregada
De la lóbrega noche a la pavora,
Que con ávido afán e inútil brío
Arañaba la tierra estremecida,
Temblando de terror, yerta de frío
Y en la implacable soledad perdida?
¿En dónde mayor lástima? A medida
Que avanzaba el relato, la condesa
Iba sintiendo el alma enternecida
De mil contrarias emociones presa.
Hasta que al fin su angustia contenida
De súbito estalló, como la roca
Que, al romper un volcán, salta en pedazos,
Y con los arrebatos de una loca,
Al escuchar tan trágicos sucesos,
Estrechó a la infeliz entre sus brazos
Cubriéndola de lágrimas y besos.
No menos conmovido, ante una escena
A un tiempo tan patética y sencilla,
Lloraba el conde, ahogándole de pena.
Y el guarda mismo, antiguo veterano,
Refunfuñaba: —¡Diablo de chiquilla!,
Limpando con el dorso de la mano
El llanto que, surcando su mejilla,
Iba a emboscarse en su bigote cano.

De pronto alzó la compasiva dama,
Turbando aquel silencio doloroso,
Su faz iluminada por la llama
De santa inspiración, miró a su esposo
Al través de las lágrimas, y luego,
Con acento insinuante y persuasivo,
—¿Quieres saber —le preguntó— el motivo
De mi amargo y tenaz desasosiego?

¿Lo que pedía, ante el altar postrada,
Con entrañable y fervoroso ruego
A la Madre de Dios idolatrada?
Pues, como el máspreciado de los bienes,
Le demandaba en mi aflicción un hijo.
¿Ves? Y la Virgen me lo otorga. —Dijo
Empujando a la niña—. ¡Aquí lo tienes!—
Convulso el conde, y con febril anhelo
Besándola, exclamó: —¡Bendita sea!
Yo la recibo como don del cielo.

¡Oh momento solemne! La campana
De la ruinoso torre de la aldea
Llamaba a la oración; la noche oscura,
Avanzando imponente y soberana,
Su negra y estrellada colgadura
Por el inmenso espacio descogía;
Y entre el rumor de la arboleda umbría,
En medio de su calma solitaria,
Subiendo al cielo en los alados sonos
Del bronce de la iglesia, y confundidos
En la piadosa y mística plegaria
Que alza la tierra al extinguirse el día,
Como nota de un arpa, los latidos
De aquellos generosos corazones
Vibraban repitiendo: —¡Ave María!
¡Consuelo de los tristes y afligidos!

NÚÑEZ DE ARCE.

PIDAN EN TODAS LAS LIBRERIAS

Poemas Gauchescos en Versos de la Editorial Buchieri



La figura del gaucho revive a través de los bellos romances camperos que constituyen la biblia misma de la tradición.

Amor, esperanza, idilios de hondas ternuras, narraciones sencillas y humanas hay en estos libros que se asemejan a los zorzales y a las calandrias en la evocación sublime de la Pampa. El recuerdo de nuestros gauchos está plasmado en todos estos relatos que dicen de sus luchas, persecuciones y entretreversos con la partida en las que triunfó siempre su destreza para el manejo del facón y su coraje de criollo.

Símbolo de la Patria en toda su grandeza, el gaucho vive, no ha muerto ni morirá mientras haya una guitarra que vibre y un voluntario que le cante a la Tradición.

TITULOS PUBLICADOS

Duelo Criollo
El Matrero Cruz Montiel
¡El Gaucho no ha Muerto...!
El Gaucho Lisandro Cruz
El Payador de Paysandú
El Gaucho Ciego
El Gaucho Sombra
El Desafío
El Chingolo Argentino
El Penado Catorce
Eche caña, pulpero...!
Fausto
Guitarra Roja
Guitarra Gaucha
Guitarra, Poncho y Facón
Hopa... hopa... hopa...
Justicia Criolla
Juan Cuello
Juan Moreira
Las Glorias del Payador Betinoti
La Leyenda del Mojón
La Huella Maldita

La Guitarra de los Payadores
La Daga de los Troveros
La Trepilla de la Muerte
La Pulpería de la Paloma
Lamento de un Payador
La Carreta
La Muerte de la Calandria
La Muerte del Zorzal
La Tapera
Los Montoneros
Lluvia en los Cardos
La Morocha Argentina
La Muerte de Vidalita
Paja Brava
Pericón y Relaciones
Relaciones, Zambas y Vidalitas
Relatos Camperos
Recuerdos del Viejo Pancho
Reliquias Gauchas
Santos Vega
Payadores y Payadas
Venganza Gaucha
Versos de la Aurora Gaucha